

CAPÍTULO IX.

Sacrificios.—La piedra del sol.—Historia.—Sacrificio del mensajero del sol.—Fiesta del mes Xocotlhuetzi.—Fiesta de Teotleco.—Fiesta en honra del fuego en el mes Huciteculhuatl.—Sacrificio al fuego.—Fuego perpetuo.—El hambre de la Cihuacoatl.—Fiesta al fuego.—De cuatro en cuatro, y de ocho en ocho años.—Número de los sacrificios humanos.—Universalidad de la víctima humana.—No son los mexicanos los únicos criminales en este respecto.—Antropofagia.—Comun á los pueblos de la tierra.—Los mexicanos no son antropófagos en la rigurosa acepción de la palabra.

EL rey Axayacatl, constructor de un Cuauhxicalli,—“Tambien estaba ocupado en labrar la piedra famosa y grande, “donde estauan esculpidas las figuras de los meses y años, dias “y semanas, con tanta curiosidad que era cosa de ver, la cual “piedra muchos vimos y alcanzamos en la plaza grande, junto á “la acequia la qual mandó enterrar el Illmo y Rmo. Señor Don “fray Alonso de Montúfar, dignísimo arzobispo de México de fe- “lice memoria, por los grandes delitos que sobre ella se cometían “de muertes.” (1) Adoptando la fecha esculpida sobre la misma piedra, la construccion data del trece acatl 1479.

Estrenado el Cuauhxicalli con muerte de los prisioneros matlatzinca, Axayacatl convidó á los señores de Texcoco, de Tlaco- pan y de otras provincias, para que viniesen á colocar la *piedra del sol*, que ya estaba acabada; en efecto acudieron con sus alba- ñiles y canteros, y en un solo dia construyeron un macizo de “veinte brazas en redondo,” encima del cual la colocaron ho-

(1) P. Durán, cap. XXXV. Repite la noticia acerca de la mandada enterrar de la piedra, en la segunda parte, cap. IX. MS.

rizontalmente, con gran fiesta de música en los templos, que- mándose “gran cantidad de enciensos por mano de los turíbulos “que tenían aquel sólo oficio de encensar, á los quales llamauan “*Henamacaque*, que propiamente quiere decir turibolarío ó en- “censador.” (1)

Colocada la piedra del sol, entró en consejo el rey con Neza- hualcoyotl, Totoquihuatzli y otros señores, á fin de determinar á cuál provincia se haría la guerra, para tener prisioneros que sacrificar en la inauguracion: escogido Michhuacan, marcharon los reyes coligados con poderoso ejército; pero los tarascos se defendieron con valentía, derrotaron á los méxica, y Axayacatl, poco ménos que huyendo, retornó á su capital á celebrar las exe- quias de sus muertos. (2) Terminadas las ceremonias fúnebres, los aliados fueron contra los de Tlilihquitepec, poblacion situa- da entre Otompa y Tepepolco, la cual tuvo que aceptar el com- bate por ser una de las del concierto en la guerra sagrada. Em- peñada fué la batalla, y cuando los de Tlilihquitepec rogaron que cesara la pelea, se encontró que el ejército había tomado setecientos prisioneros; no fué ello sin pérdida, pues sólo de los guerreros méxica faltaron 420. Axayacatl volvió á México, con- solándose con la reflexion de, “que de ambas partes auia querido comer el sol.” (3)

Para la dedicacion no sólo acudieron los señores amigos, mas tambien los enemigos de casa Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholollan. El dia de la fiesta, “mandaron apercinir y adereçar la piedra y “los que auian de sacrificar, para lo qual se adereçó el rey, que “fué el principal en este oficio, y luego su coadjutor Tlacaclael; y “luego los que representaban los dioses todos, como eran Que- “tzalcoatl y Tlaloc, Opochtli, Itzpapalotl, Youalana, Apantecutli, “Huitzilopochtli y Toci, Cihuacoatl, Izquitecatl, Icnopilli, Mix- “coatl, Tepuztecatl, vestidos todos estos como dioses para sacri- “ficar encima de la piedra, todos subidos. Auiéndose adereçado, “antes que amaneciese salió el rey muy galano, y junto á él Tla- “caclael al mismo modo vestido, y sus cuchillos de navajas en “las manos y subíanse encima de la piedra: luego sacaban los

(1) P. Durán, cap. XXXVI.

(2) P. Durán, cap. XXXVII.

(3) P. Durán, cap. XXXVIII.

“presos, todos embijados con yeso y las cauegas emplumadas y “unos beçotes largos de pluma, y poníanlos en renglera en el lugar de las calauernas, y ántes que los empeçasen á sacrificar “salía un encensador del templo y traía en la mano una gran “hacha de encienso, á manera de culebra que ellos llamauan “*xihcoatl*, la que venía encendida, y daua cuatro vueltas al rededor desta piedra, encensándola, y al cauo echáuala así ardiendo “encima la piedra y allí se acauaba de quemar: hecho este empeçauan los sacrificios, matando el rey hasta que se cansaua, “de aquellos hombres presos, y luego le sucedía Tlacaelel hasta “que se cansaua, y luego aquellos que representaban los dioses “sucesivamente, hasta que se acauaron aquellos setecientos hombres presos que de la guerra de Tlilihquitepec auian traído; “los quales acauados, quedando todos tendidos junto al lugar de “las calauernas y todo el templo y el patio ensangrentado, que “era cosa de gran espanto y cosa que la misma naturaleza aborrece, fué el rey y ofreció á sus güespedes muy ricas mantas y “joyas y muy ricos plumages.” Apénas salidos los huéspedes, Axayacatl cayó enfermo del trabajo del sacrificio y del acedo olor de la sangre, muriendo de ahí á pocos dias. (1) Aconteció esto el año 1581. La fatal piedra causa de tanta sangre inútilmente derramada, costaba la vida á su mismo constructor.

La piedra del sol estaba colocada en el departamento de los *cuácuauhtin* ó caballeros del sol, donde había templo é imágen del astro, como ya dijimos en un capítulo anterior. Aquella congregacion guerrera solemnizaba dos fiestas principales al año, cuando al signo *ollin* tocaba en el órden sucesivo de los dias el número cuatro, formando el símbolo *Nauhollin*, cuatro movimientos del sol. La primera del año era la más solemne. Ayunábase aquel dia con todo rigor, pues ni áun á los niños y los enfermos permitían tomar alimento; cuando el luminar estaba en la mitad de su carrera, tocaban los sacerdotes los caracoles y las bocinas, á cuyo sonido acudía el pueblo en multitud.

Al sonido de aquellos instrumentos, “sacaban un indio de los “presos en la guerra muy acompañado y cercado de gente ilustre; traía las piernas embijadas de unas rayas blancas y la media cara de colorado, pegado sobre los cabellos un plumage

(1) P. Durán, cap. XXXVIII.

“blanco; traía en la mano un báculo muy galano, con sus lazos y “ataduras de çuero enjertadas en él algunas plumas; en la otra “mano traía una rodela con cinco copos de algodón en ella; traía “acuestas una carguilla en la cual traía plumas de águila, y pedazos de almagre, y pedazos de yeso, y humo de tea, y papeles “rayados con hule. De todas estas niñerías hacían una carguilla, “la cual sacaba aquel indio á cuestras, y poníanle al pié de las “gradas del templo, (1) y allí en voz alta que lo oía toda la gente “que presente estaba, le decían: “Señor, lo que os suplicamos es, “que vais ante nuestro dios el sol y que de nuestra parte le saludéis, y le digais que sus hijos y caballeros y principales que “acá quedan, le suplican se acuerde de ellos y que desde allá los “favorezca, y que reciba este pequeño presente que le enviamos, “y dalleis este báculo para con que camine, y esta rodela para “su defensa, con todo lo demas que llevais en esa carguilla.” El “indio, oída la embajada, decía que le placía; y soltávanlo, y luego empezaba á subir por el templo arriba subiendo muy poco “á poco, haciendo tras cada escalon mucha demora estándose “parado un rato, y en subiendo otro parábase otro rato, segun “llevaba instruccion de lo que había de estar en otro escalon, y “tambien para denotar el curso del sol irse poco á poco haciendo “su curso acá en la tierra, y así tardaba en subir aquellas gradas grande rato. En acabando que las acababa de subir, íbase “á la piedra que llamamos *cuauhxicalli* y subíase en ella, la cual “dijimos que tenía en medio las armas del sol. Puesto allí, en “voz alta, vuelto á la imágen del sol que estaba colgada en la “pieza, encima de aquel altar, y de cuando en cuando volviéndose al verdadero sol, decía su embajada. En acabándola de “decir, subían por las cuatro escaleras que dije tenía esta piedra para subir á ella, cuatro ministros del sacrificio, y quitábanle el báculo y la rodela y la carga que traía, y á él tomaban “de piés y manos y subía el principal sacrificador con su cuchillo “en la mano y degollábalo, mandándole fuese con su mensaje al “verdadero sol á la otra vida; y escurríale la sangre en aquella “pileta, la cual por aquella canal que tenía se derramaba delante “de la cámara del sol, y el sol que estaba sentado en la piedra “se enchía de aquella sangre. Acabada de salir toda la sangre,

(1) No del mayor, sino del Cuauhxicalco, que tenía unas cuarenta gradas para subir á él, y estaba, “donde ahora se construye la iglesia mayor.”

“luego le abrían por el pecho y le sacaban el corazón, y con la mano alta se lo presentaban al sol hasta que dejase de vahear que se enfriaba, y así acababa la vida el desventurado mensajero del sol.” (1)

Teníase cuidado de que el sacrificio terminara al medio día; los sacerdotes tocaban de nuevo los caracoles y las bocinas, siendo esta señal de ser acabado el ayuno, colgaban la carguilla, el báculo y la rodela por trofeos junto á la imagen del sol y entregaban á su dueño el cuerpo del sacrificado para que hiciera el banquete de costumbre. Los manebos *cuacuauhtin*, en seguida, se juntaban delante del ídolo, con navajas se abrían el molledo del brazo izquierdo, pasando por la herida varitas delgadas y lisas de mimbre, en la cantidad que su valor y devoción les permitía, arrojándolas ensangrentadas á los pies de la imagen. Terminaba la fiesta con un gran baile, al que sólo concurrían los señores y principales.

Antes de pasar adelante terminaremos la historia de la piedra del sol. Tomada la ciudad de México por los castellanos, derribado Huitzilopochtli de su teocalli por Gil González de Benavides, (2) y poco á poco esparcidos los monumentos, el que nos ocupa permaneció junto á la acequia, que en aquellos tiempos pasaba por el costado de palacio, delante de los portales de las Flores y Diputación, hasta que fué mandada enterrar por el arzobispo D. Fr. Alonso de Montufar, quien gobernó la mitra de 1551 á 1569. Permaneció la piedra en su sepulcro, hasta que con motivo del empedrado de la plaza mayor volvió á la luz en el mes de Agosto 1790. Permaneció expuesta á la vandálica ignorancia del vulgo, sufriendo algunas devastaciones, hasta que los canónigos de la catedral lograron colocarla sobre un macizo, en la cara que mira al Oeste del cubo de una de las torres.

Nuestro célebre anticuario D. Antonio de Leon y Gama hizo y publicó completa descripción del monumento. En su sistema, era el calendario azteca; debería estar colocada, “sobre un plano horizontal, elevada verticalmente, mirando al Sur, y con perfecta dirección de E. á O.,” deberían ser dos piedras complementos una de la otra; fuera de señalar las fiestas y fastos mexicanos,—

(1) Durán, segunda parte, cap. X. MS.

(2) Durán, loco cit. al final.

“servía también esta piedra de un reloj solar, por donde conocían diariamente los sacerdotes las horas en que debían hacer sus ceremonias y sacrificios, por medio de unos gnomones, ó índices que le fijaban, como después veremos. De manera que en esta piedra estaba reducida la mitad de la eclíptica, ó movimiento propio del sol, de occidente á oriente según el orden de los signos, desde el primer punto de Aries hasta el primero de Libra, &c.” (1) Bajo autoridad tan competente, desde 1792 hasta nuestros días, se ha conocido la piedra por Calendario azteca, Calendario mexicano. Humboldt sancionó la doctrina, (2) y desde entonces han pasado sin contradicción, entre nacionales y extranjeros, los asertos de Gama, repitiéndose sin variación en multitud de obras.

Nuevos estudios arqueológicos traen ahora nuevas explicaciones. El Sr. Lic. D. Alfredo Chavero, con la luz de la historia en la mano, hace patente, que la piedra debía estar colocada no vertical, sino horizontalmente; que no eran dos semejantes, como se suponía, pues no aparece haber existido más de solo una; que no es, ni puede ser calendario, ya que no contiene los elementos indispensables para el cómputo del tiempo. Verdad es que expresa mucho de lo señalado por Gama; pero esto no la constituye realmente un calendario, apareciendo que es la Piedra del Sol, mandado construir por Axayacatl. (3) Participamos en la mayor parte de las mismas opiniones.

Volvemos á los sacrificios. Cortaban en el monte el mayor árbol derecho que podía ser encontrado, y sobre rodillos, sin lastimarlo, le traían al templo, colocándole enhiesto sobre el suelo: este árbol se llamaba *xocotl*. La víspera de la fiesta Xocotlhuetzli, acostaban con cuidado el árbol, lo desbastaban hasta dejarle liso y derecho, y volvíanle á poner enhiesto, sostenido á los lados por diez maromas; pintado, compuesto de largos y muchos papeles, y sosteniendo en la punta una figura de masa de bledos, *tzoalli*, en forma de hombre conforme á Sahagun, en figura de

(1) Descripción de las dos piedras. Primera parte, § IV.

(2) Vues des Cordillères. Planché XXII.

(3) Véase Pérez Hernández, Diccionario Geogr. y Estad. de la República Mexicana, art. Calendario Azteca, los opúsculos publicados por el autor, y sus nuevos trabajos en los tomos I y II de los Anales del Museo Nacional.

pájaro segun Durán. El día de la ceremonia, acudían los guerreros con los cautivos que habían de sacrificar: "Traían todo el cuerpo teñido con color amarillo, y la cara con color bermeja; traían un plumage como mariposa, hecho de plumas coloradas de papagayo: llevaban en la mano izquierda una rodela labrada de pluma blanca, con sus rapacejos que colgaban á la parte de abajo: en el campo de esta rodela iban piernas de tigre ó águila dibujado al propósito. Llamaban á esta rodela *chimaltepeontli*, cada uno de los que iban en el areito así aderezados, iba pareado con su cautivo, y ambos danzando á la par. Los cautivos llevaban el cuerpo teñido de blanco, y el *maxtlaltl* con que iban ceñidos era de papel: llevaban tambien unas tiras de papel blanco, á manera de estolas, echados desde el hombro hasta el sobaco, y tambien unos cabellos de tiras de papel cortadas delgadas. Llevaban emplumada la cabeza con plumas blancas á manera de vilma: llevaban un bezote hecho de pluma, y los rostros de color vermejo, y las mejillas teñidas de negro: en este areito perseveraban hasta la noche." (1)

A la puestas del sol, que el baile terminaba, se retiraban los guerreros con sus cautivos; á la media noche, aquellos cortaban á éstos, á raíz del casco, un mechón de cabellos de la coronilla, los cuales guardaban por memoria de su valentía, en unas petaquillas de caña, suspendidas, en lugar público, de los techos de sus casas. En amaneciendo llevaban de nuevo los cautivos al teocalli, formándoles en hilera junto al Tzompantli; bajaba un sacerdote, les quitaba una banderita que tenían en la mano, los desnudaba y arrojábalo todo en el fuego. Desnudos ya los cautivos, descendía del templo un sacerdote trayendo en brazos la imagen de Painal, paseándola delante de ellos; tornaba al templo, y volvía á bajar por segunda vez. Entonces los guerreros tomaban por el cabello á las víctimas, dejándolas en el lugar llamado Apetlac; acudían luego los sacrificadores, les ataban los piés, las manos á la espalda y les arrojaban al rostro puñados de incienso: despues lo echaban sobre los hombros acuestas, y subíanlos arriba á lo alto del Cú, donde estaba un gran fuego y monton de brasas, y llegados arriba luego daban con ellos en el fuego. "Al tiempo que los arrojaban, alzábase un gran polvo de ceniza,

(1) Sahagun, tom. I, pág. 143-44.

"y cada uno adonde caía se hacía un gran hoyo en el fuego, por que todo era brasa y rescoldo, y allí en el fuego comenzaba á dar vuelcos, y hacer bascas el triste del cautivo, comenzaba á rechinar el cuerpo, como cuando asan algun animal y levántanse vegigas por todas partes del cuerpo, y estando en esta agonía, sacábanle con unos garabatos arrastrando los sátrapas que llamaban *cuacuacuiltin*, y poníanle encima del tajon que se llamaba *techcatl*, y luego le abrían los pechos de tetilla á tetilla, ó un poco más abajo, y luego le sacaban el corazon y le arrojaban á los piés de la estatua de Xiuhtecutli, dios del fuego." (1) Terminaba la fiesta con que los mancebos arremetían á trepar al árbol, para apoderarse de los objetos que en la punta tenía, alcanzando grande honra quienes podían lograrlo. (2)

En el mes Teutleco, llegada ó venida de los dioses, el primer númen que se decía llegaba era Tlamatzincatl ó Telpochtli, porque como mancebo llegaba más aprisa; aparecía despues Yacapitzahuatl ó Yiacatecutli dios de los mercaderes, y al fin Izcozauhqui ó Xiuhtecutli dios del fuego. Las víctimas en esta fiesta eran quemadas vivas, sobre el fuego encendido en el grande altar llamado Tecalco. (3)

Había en el patio del gran teocalli una pieza de unos setenta piés de largo y treinta de ancho llamada *Tlillan*, lugar de negrura, porque no tenía por donde recibir luz alguna; entrábase sólo por una puerta tan pequeña que era menester penetrar á cuatro piés, y tenía su antepuerta para que se conservara completa oscuridad. Aquí estaba la imagen de la diosa Cihuacoatl ó Quilaztli, y arrimados por las paredes los idolillos grandes y chicos consagrados á los montes: ahí sólo se permitían la entrada los sacerdotes particulares y ancianos consagrados á la diosa. Veinte días ántes de la fiesta del mes Hueitecuilhuitl, gran fiesta de los señores, escogían una esclava, que con los arreos blancos de Cihuacoatl representaba á la diosa, aunque bajo el nombre de Xilomen; traíanla de boda en boda y de festin en festin, presentándola en los mercados, y procurando que estuviera siempre alegre,

(1) Sahagun, tom. I, pág. 145-6.

(2) Sahagun, lib. II, cap. XXIX. Con algunas variantes, P. Durán, segunda parte, cap. XII. MS.

(3) Sahagun, lib. II, cap. XXXI.

dándole á beber del pulque ó de ciertas bebidas místicas. Llegado el día de la solemnidad, ponían á la esclava delante de la puerta del Tlillan, con tanta reverencia como á la diosa misma. Frontero estaba labrado curiosamente con piedras el *teotlecuiltli*, brasero ó fogon divino; cuatro dias ántes habían alimentado ahí los sacerdotes un gran fuego, con madera de encina, de modo que aquel día estaba encendido y caliente como un gran horno. Estaban ya preparados cuatro prisioneros de guerra; cuatro sacerdotes tomaban á uno de aquellos por manos y piés, levantábanle en peso, cuatro veces le daban enviones al aire y luego le arrojan al brasero; sacábanle ántes que acabase de morir y le sacrificaban por el método ordinario, tendiendo el cuerpo delante de la diosa. Practicaban lo mismo con los cuatro prisioneros, tendiendo los cuerpos juntos y unidos, á lo cual llamaban, el estrado de presos. Tocaba entónces su turno á la diosa, la cual era tendida sobre aquel estrado y degollábanla recogiendo la sangre en un lebrillo, sacándola despues el corazon; éste lo daban á la estatua de Cihuacoatl, con la sangre rociaban todos los dioses del Tlillan, las paredes y el fuego del hogar ardiente. Los cuerpos de los cautivos eran entregados á sus dueños, á fin de que celebrasen el convite místico.

Acabado el sacrificio, salía un sacerdote y barría cuidadosamente al rededor del *teotlecuiltli*, que significaba á Xiuhcutli, dios del fuego. Los sacerdotes de todos los barrios acudían, trayendo una manta, un maxtlatl y un idolillo; doblaban aquellas piezas, ponían encima al dios, se colocaban á la redonda del hogar, y desnudándose de toda ropa, se sentaban en cuclillas, cada cual junto á su patrono. En cada mano tenían una hacha de una vara de largo, formada de la resina del ánime ó copalli; las encendían en el fogon, levantábanlas en alto; la resina ardiendo corría por sus brazos y cuerpo, chorreaba encendida sobre su rostro y piernas, y ellos permanecían tranquilos y callados. Consumidas las hachas, arrojaban el sobrante al fuego, despegábanse lo que tenían en los cuerpos arrancando pedazos de la piel, que tambien lo echaban al fogon, quemaban ademas cargas de incienso que levantaban espeso humo, y miéntras se consumía bailaban al rededor del *teotlecuiltli*, cantando alabanzas en loor del fuego y de sus sacrificios.

Seguía el baile de los principales y caballeros, acompañados

de mujeres, todos galanamente aderezados, aunque principalmente con las rosas llamadas *cenpoalxochitl*; estas flores, terminada la danza, eran colocadas sobre el altar de Huitzilopochtli, llamando á la ceremonia *xochipaina*, apresuramiento, ó *xochicalquia*, ofrecimiento de flores. Los mancebos subían corriendo al templo y se disputaban para cojer las rosas. La costumbre quería, que las provincias cercanas á México, dieran á porfía y por diez dias arreo, cada una un espléndido convite á los caballeros méxica. (1)

Junto al Tlillan estaban los aposentos de los sacerdotes, llamados *tecuacuiltin* como los idolillos encerrados, y delante una pieza en que dos de ellos, mudándose, mantenían el fuego perpetuo y recibían las frecuentes oblaciones de los fieles. Cada ocho dias una diputacion de estos sacerdotes acudía al rey, avisándole que la Cihuacoatl tenía hambre, y para que se le aplacase recibían un cautivo de guerra. Moría éste dentro del Tlillan, arrancándole un pedazo del muslo, cual si en verdad la diosa lo hubiera comido. Si pasaban los ocho dias sin la ordinaria racion, para motejar á los señores por su falta de celo, tomaban los sacerdotes una cuna, ponían el cuchillo del sacrificio, al que llamaban al hijo de Cihuacoatl, entregándola á una india de confianza; ésta iba al *tianquiztli*, y escogiendo á la vendedora más rica, le rogaba le guardara su niño miéntras volvía. Aceptado el encargo, llegado el tiempo de retirarse, y mirando que ni la madre tornaba ni chistaba el niño, la mercadera registraba la cuna, y encontrando el cuchillo, admirada en realidad ó bien industriada, pregonaba que la Cihuacoatl era venida y había dejado á su hijo para mostrar el hambre que tenía. Entónces acudían los sacerdotes llorando, llevándose con gran reverencia su cuchillo. (2)

En el mes Izcalli encendían fuego nuevo, y en el hogar quemaban todo género de caza, peces, ranas y sabandijas del agua; comían ciertos *tamalli* preparados, llamando por eso á la fiesta Huauhquitamaleualiztli. Diez dias despues hacían segunda fiesta al fuego, diferenciándose en que de los animales, los pequeños se dejaban consumir en la lumbre, miéntras los grandes se apartaban para comida de los sacerdotes. En la fiesta que de cuatro

(1) Durán, segunda parte, cap. XIII. MS.

(2) Durán, segunda parte, cap. XIII. MS.

en cuatro años se hacía á Xiuhtecuitli, mataban muchos esclavos, cada uno con su mujer; el baile lo presidía el rey, y tomaba parte en la danza sólo la nobleza. Aquel mismo día agujeraban las orejas á los niños y niñas nacidos en los cuatro años anteriores; les tenían durante la operacion los padrinos ó *tellateahutz* y se ejecutaba horadando con un punzon de hueso, ensalmando la herida con la pluma blanda de papagayo llamado *tlachaiotl* y un poco de *ocotzotl*: despues les llevaban pasándoles por el fuego, ejecutando una especie de lustracion. (1)

La fiesta que se hacía cada ocho años, caía unas veces en el mes Quecholli y otras en el de Tepeilhuitl; llamábase Atamal-cualiztli, ayuno de pan y agua. Ocho dias ántes guardaban un ayuno rigoroso, comiendo una sóla vez al medio dia tamales sin sal ni otro ingrediente, y bebiendo tan solamente agua. Pasado el ayuno, seguía un baile en que creían bailaban todos los dioses, y por eso llamaban á la fiesta *Ixneztioa*, buscar ventura. Los danzantes se disfrazaban de aves, moscas, escarabajos, ó tomaban figuras de enfermos, vendedores y otras muchas invenciones. "Estaba la imágen de Tlaloc enmedio del areito, á cuya "honra bailaban, y delante della estaba una balsa de agua, donde había culebras y ranas, y unos hombres que llamaban *maxca-tecaz* estaban á la orilla de la balsa, y tragábanse las culebras "y las ranas vivas; tomábanlas con las bocas y no con las manos, "y cuando las habían tomado en la boca, íbanse á bailar, íbanlas "tragando y bailando, y el que primero acababa de tragar la culebra ó rana, luego daba voces diciendo *papa, papa*." (2) Esto recuerda los regocijos y juglerías del Carnaval, con su ayuno, aunque anticipado.

En Cuauhtitlan levantaban seis grandes palos como mástiles de navío; sacrificaban dos esclavas, desollábanlas y sacábanles los huesos de los muslos. Dos sacerdotes se vestían los pellejos, y empuñando las canillas, bajaban bramando, paso á paso, del templo, la gente que los veía gritaba como espantada, "ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses." Los dos sacerdotes desde abajo, adornados con cantidad de papeles, comenzaban á tocar con las canillas sus huehuetl, mientras la multitud sa-

(1) Sahagun, lib. II, cap. XXXVII.

(2) Sahagun, tom. I, pag. 195.

crificaba delante de ellos muy grande cantidad de codornices. Despues, ataban en los palos seis cautivos; mas apénas bajaban los sacerdotes que les subían, hombres y muchachos disparaban sus flechas, hasta dejarles cuajados de ellas; volvían los sacerdotes á subir, despeñaban de lo alto á los cautivos, quienes no obstante que se estrellaban contra el suelo, eran en seguida sacrificados. (1)

Este culto era cruel. Como si no fueran suficientes los horrores de la vítica humana, los reyes pontífices y batalladores de Tenochtitlan por emulacion supersticiosa, ó más bien por rencor contra los enemigos que suministraban los objetos para el sacrificio, fueron inventando exquisitas maneras de hacer más lenta y dolorosa la agonía del prisionero. Empedernido el corazon á la vista repetida de las escenas sangrientas, los fieles aprendieron á no perdonar su propio cuerpo; sus maceraciones y penitencias ponen miedo, maravillando que se repitieran de una manera tan general y continuada. Por mucha que la paciencia sea al leer estas aberraciones, al fin brota del labio la maldicion contra culto tan absurdo.

Acerca del número de las víctimas, no andan conformes los autores; cosa puesta en razon, supuesto que no habiendo punto fijo de donde partir, las evaluaciones son á ojo, determinadas por el buen querer. El Sr. Zumárraga en carta de 12 de Junio 1524, asegura que solo en México se sacrificaban 20,000 personas. Torquemada dice que estos 20,000 era únicamente de los niños. Segun Gomara pasaban de 50,000. Acosta afirma, que en un solo dia eran muertos en el imperio 5,000 y aun 20,000. (2) El P. Durán se figura que el número de los que sucumbían en los altares, igualaba al de los muertos de muerte natural. Opina Clavigero que eran muchos, sin poder señalarse el número. Por el contrario, el P. Las Casas limita los casos, á lo más en ciento al año. Por mucho que se disminuyan, siempre resultará que son excesivos. Ningun pueblo, por otra parte, se extremó tanto como el méxica en tan abominable costumbre. Si el número de los sacrificados no se puede fijar con exactitud, debe formarse idea por estos datos. Los prisioneros de guerra estaban destina-

(1) Motolinia, trat. I; cap. VII.

(2) Clavigero, tom. I, pag. 259.